

RAMÓN J. SENDER EN LOS AÑOS VEINTE: DETALLES DE UN APRENDIZAJE

José Domingo DUEÑAS LORENTE

En sus evocaciones nostálgicas de autor ya consagrado y exiliado, Sender recordaba a menudo su entrada en la plantilla de *El Sol* en 1924 y los seis años siguientes de redactor en el diario madrileño como los momentos más decisivos para el encauzamiento de su vida de escritor.

«Aquello era como la alternativa para los toreros o la lotería –dirá en *Nocturno de los 14*,¹ al recordar la entrevista en la que don Nicolás M.^a de Urgoiti le ofreció trabajo en su diario–. Mi destino estaba decidido para siempre [...] sé ahora que no habría podido sentirme medianamente a gusto en la vida sino haciendo lo que hago».

También a este periodo atribuía lo más sustancioso de su aprendizaje cuando Marcelino C. Peñuelas² le inquería acerca de su formación: «Lo que quiero saber es cómo te formaste. Cómo desarrollaste tu estilo, tu manera».

En mi caso –dice Sender– no hay misterio alguno. Trabajando en un periódico muy intelectual como *El Sol*, pues... se asimila eso de una vez para siempre [...] ¿Tú sabes lo que es estar, como te digo, seis u ocho años no sólo escribiendo cada día, sino corrigiendo materiales que te enviaban a la mesa; que tú debías limpiar de redundancias y de repeticiones y dejarlos reducidos a la pura esencia informativa? Con lo cual llega un momento en que has asimilado por lo menos una virtud. La de discriminar y no decir sino cosas interesantes, ¿comprendes? Es decir, no ser aburrido.

¹ Ramón J. SENDER, *Nocturno de los 14*, Barcelona, Destino, 1970, pp. 82-84.

² Marcelino C. PEÑUELAS, *Conversaciones con Ramón J. Sender*, Madrid, Magisterio Español, 1970, pp. 105-107.

Pero, además, añadía a continuación que «ese periodismo me enseñó a no fiarme de las apariencias, de lo que llamamos la realidad», a la que juzgaba «llena de falsedades que hay que saber calibrar y evitar o bien [...] vigorizar hasta hacerlas verosímiles. Ésa es toda nuestra tarea: hacer verosímil la realidad». Con esto, se podría decir que el propio escritor se reconocía en cierto modo una aprehensión periodística de la realidad.

En las primeras décadas del siglo XX el periodismo en España no sólo fue el más socorrido *modus vivendi*³ de los escritores, sino también el procedimiento más a mano y más acorde con las posibilidades del país con que contaron aquellas primeras promociones de «intelectuales» para articular, cohesionar y reformar una sociedad un tanto paralizada por la «modorra nacional» de la Restauración canovista y que precisaba con urgencia su «regeneración». Una sociedad que en 1920 contaba con un 57% de mujeres y un 46% de varones analfabetos.

En estas condiciones, E. Gómez de Baquero, al dar cuenta a finales de 1924 de la entrada en la Academia Española del presidente de la Asociación Madrileña de la Prensa, Francos Rodríguez, observaba con clarividencia:

[...] los periódicos son los verdaderos Mecenas de las letras. Acogen los géneros menores de la literatura y los fomentan. Cada vez el periodismo se va tornando más literario. Enseñan y acostumbran a leer. Van formando los públicos del libro y le propagan con sus comentarios. Los periódicos van llegando a ser un curso popular de literatura abierto a los curiosos y fácil para los distraídos. Dan al escritor un medio incomparable de divulgación y le facilitan los primeros pasos de su carrera, ofreciéndole una ocupación decorosa que no le aparta de su ejercicio.⁴

Con lo cual, «Surgió así un género literario –escribía Víctor de la Serna⁵ que nunca he vacilado en calificar de 'casi exclusivamente español': el artículo de periódico». Por algo, en tal coyuntura al propio J. Ortega y Gasset no le importaba decir, como es bien sabido, que tal vez él no fuese sino «un periodista».

En España, el sentido empresarial del periodismo nació propiamente en 1905 con el diario ABC de Torcuato Luca de Tena⁶ y «la entrada del capitalismo» en la prensa tuvo lugar en 1906 con la creación del llamado «trust», es decir, la

³ Pedro SALINAS (*Ensayos de Literatura Hispánica*, edición y prólogo de Juan MARICHAL, Madrid, Aguilar, 1961, p. 39) aseguraba al respecto: «en España ser un gran poeta o un gran novelista, desde el punto de vista económico, es muy poca cosa: tan sólo un camino para publicar artículos todas las semanas en un diario».

⁴ Eduardo GÓMEZ DE BAQUERO, «El periodismo en la Academia», *El Sol* [Madrid] (23 de noviembre de 1924), 1.

⁵ VÍCTOR DE LA SERNA, «El periódico, vehículo de cultura y sustituto del libro», *AEDE*, 1 (junio de 1979), 47.

⁶ P. GÓMEZ APARICIO, «La época más brillante del periodismo español (1898-1921)», *AEDE*, 1 (junio de 1979), 44.

Sociedad Editorial de España, que agrupaba las finanzas de *El Imparcial*, *El Liberal* y *Heraldo de Madrid*,⁷ principalmente. Desde entonces, nuevos criterios y procedimientos se fueron apoderando irremisiblemente de los grandes periódicos: la competencia por lograr las firmas más rentables, la captación de un amplio sector de lectores –es decir, «la creación de un público», como escribía Corpus Barga⁸ en 1921–, pero también la defensa poco encubierta de unos intereses políticos, si ya no tanto partidistas –como era habitual en la prensa del XIX–, que se entremezclaban ahora con los objetivos económicos de la empresa.

Resulta evidente que la impronta del periodismo en el proceso cultural de la Edad de Plata fue profunda y afectó a todos los componentes de la comunicación literaria. Así, un crítico tan atento a las vicisitudes de su tiempo como Cansinos-Assens podía decir en 1933 al hablar de *Siete domingos rojos* de Ramón Sender que «La novelística moderna ha nacido del periodismo, así como la antigua había nacido de la Mitología».⁹ Y, por su parte, José-Carlos Mainer ha señalado que «Cuando tantas veces se habla del carácter 'ensayístico' de la literatura española contemporánea, se oculta –bajo el eufemismo de 'ensayo'– la condición de artículo de periódico que originariamente han tenido tantas obras maestras de Unamuno, Baroja, Azorín, Pérez de Ayala u Ortega y Gasset».¹⁰

En las amplias y densísimas páginas de *El Sol*, por ejemplo, escribieron desde 1917, en que se fundó el diario, hasta la guerra civil, los más conspicuos representantes de cada una de las promociones del primer tercio del siglo: Unamuno, Maeztu, Azorín, Antonio Machado, Américo Castro, Pérez de Ayala, Corpus Barga, Ramón, Juan Ramón Jiménez, Adolfo Salazar, Díez Canedo, Fernando Vela, Eduardo Gómez de Baquero, Giménez Caballero, Salvador de Madariaga, Rafael Alberti, Pablo Neruda, Miguel Hernández, Moreno Villa, etc. Y, por supuesto, Ortega, sin duda el mayor animador político y cultural de aquellos años.

En este sentido, es ilustrativo que el filósofo se reservara el 25 de marzo de 1931 –cuando *El Sol* le fue arrebatado a Urgoiti por capital monárquico, en una maniobra de última hora por evitar la República– un pequeño recuadro en la portada del diario para despedirse de su público:

⁷ Jean Michel DESVOIS, «*El Sol*: orígenes y tres primeros años de un diario (1917-1920)», *Estudios de información*, 16 (octubre-diciembre de 1970), 56.

⁸ Corpus BARGA, «Carta a Ortega», *El País, Libros* [Madrid] (8 de mayo de 1983), 5.

⁹ Rafael CANSINOS-ASSENS, «Ramón J. Sender y la novela social. *Siete domingos rojos* (1932). Inducción de una filosofía», *La Libertad* [Madrid] (31 de enero de 1933), 8 [recogido por José-Carlos MAINER (ed.), *Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, Ayuntamiento de Zaragoza, Inst. «Fernando el Católico» y Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1983, p. 51].

¹⁰ José-Carlos MAINER, *La Edad de Plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra, 1981, p. 67.

Desde la fundación del periódico, en 1917, escribo en él y en España sólo en él he escrito. Sus páginas han soportado casi entera mi obra. Ahora es preciso peregrinar en busca de otro hogar intelectual. Ya se encontrará. ¡Adiós, lectores míos!

Con todo ello, tal vez resulte más comprensible y significativa la trascendencia que el Sender maduro atribuía, como hemos visto, a su paso por *El Sol*. En sus evocaciones, el escritor aragonés parecía recordar no sólo una importante deuda con el periodismo sino además su conexión con lo más granado de la cultura española del momento, concitado en buena medida en torno a la empresa periodística de Urgoiti. Reformismo, modernización y moderación podrían resumir las principales directrices que el animoso industrial se propuso con su prestigioso diario. O, dicho de otro modo, cultivar y desarrollar una burguesía capaz de emprender las reformas necesarias sin que ello supusiera la quiebra del proceso productivo de la sociedad española.

Sender se instaló, pues, nada más volver de su servicio militar en Marruecos, en uno de los lugares más propicios para llevar a buen puerto sus ya entonces bien demostradas pretensiones literarias. De este modo, el oscense seguía el camino hacia Madrid que otros escritores o periodistas provincianos de verdaderas pretensiones habían debido recorrer ya desde el siglo XIX. A primeros de abril de 1924, Sender fue despedido y homenajeado en Huesca por algunos colegas de la prensa, según quedó reflejado en la sección «Huesca al día» de *Heraldo de Aragón*:¹¹

Nuestro querido amigo, el cultísimo escritor don Ramón J. Sender ha sido obsequiado por varios compañeros periodistas con un banquete de despedida. Ramón Sender marchará mañana a Madrid para ingresar en la redacción de *El Sol*, en cuyo puesto, muy merecido, nos consta obtendrá los triunfos a que le hace acreedor su brillante pluma.

Poco antes, Sender había confeccionado un sencillo *curriculum* manuscrito, que fue desempolvado por el diario *Arriba*,¹² instalado en las antiguas dependencias de *El Sol*, en la madrileña calle de Larra, 8. Aquí Sender aportaba unos escuetos datos personales –«veintitrés años. Residencia: Huesca (calle del Mercado, número 12) [...] Ha hecho la campaña militar de Marruecos en el regimiento de Ceriñola, 42»– y alegaba lo más sobresaliente hasta el momento de su trayectoria profesional, con el cuidado de adecuar en lo posible sus méritos a las expectativas

¹¹ *Heraldo de Aragón* [Zaragoza] (3 de abril de 1924), 1.

¹² «¿Quién es? Ramón J. Sender», *Arriba* [Madrid] (21 de enero de 1969), 2.

del diario. Prueba de esta argucia es la citada alusión a la «campaña militar de Marruecos», ya que *El Sol* defendió la intervención española en África, por considerarla en cierto modo como exponente de vitalidad nacional. Y en el mismo sentido se puede entender la mención de una «excursión por la montaña [...] acompañando al señor Ortega y Munilla como informador». Curiosa y esporádica relación con el padre del mentor de *El Sol*, que recordará después Sender en *Valle-Inclán o la dificultad de la tragedia* y en otros lugares. Por supuesto, también alegaba el joven periodista entre sus méritos su trabajo como redactor-jefe durante tres años en *La Tierra de Huesca*; sus labores como corresponsal del diario zaragozano *La Crónica de Aragón* durante el Congreso de la Historia de la Corona de Aragón, celebrado en Huesca en 1920, así como diversos premios.

MODERNISMO PREMIADO

Sin citar fechas ni especificar demasiado, Sender mencionaba en primer lugar en el *currículum* un galardón otorgado por *Heraldo de Aragón*, sin duda el concedido a su poema «Gesta de los Pirineos», de carácter mitológico, publicado en el citado diario en enero de 1923, según ya apuntó J. Domínguez Lasierra.¹³ Señalaba así mismo el joven periodista otro premio que había recibido de la revista barcelonesa *Lecturas* por «Una hoguera en la noche» (1923), novela publicada de nuevo, aunque con importantes modificaciones, en 1980. Por último, anotaba otras distinciones por parte de dos publicaciones madrileñas, *España Automóvil* y *Mi Revista*.

En la primera aparecieron, en los números de septiembre y noviembre de 1922, dos crónicas de viaje, bien adobadas de erudición y lirismo, fruto de sendas excursiones de la sociedad oscense «Turismo del Altoaragón», una a Alquézar y otra al cenobio de San Cosme y San Damián. Por su parte, *Mi Revista* publicó otros dos textos senderianos, más explícitamente literarios:¹⁴ «Usanzas pintorescas del Alto Aragón» (15 de mayo de 1920) y «España legendaria. Schumann y Eolo» (15 de octubre de 1920). En todos ellos el autor se desenvolvía con soltura dentro de una atmósfera claramente modernista. Y en este sentido, lo mismo acudía a un lirismo y sensualismo sin concesiones para enfrentarse al paisaje que al patrón costumbrista a la hora de describir a los personajes. Pero a la vez asomaban ya detalles que perdurarán con insistencia en escritos posteriores; así, el gusto por los datos de carácter etnológico, a los que el escritor maduro acudirá siempre que pretenda fundamentar su pensamiento:

¹³ Juan DOMÍNGUEZ LASIERRA, «Sender y su Aragón legendario», *Heraldo de Aragón* [Zaragoza] (9 de enero de 1982), 11.

¹⁴ Tanto los trabajos de *España Automóvil* como los de *Mi Revista* eran desconocidos hasta hace muy poco. Los he recogido recientemente en Ramón J. SENDER, *Literatura y periodismo en los años veinte*, Zaragoza, Publicaciones del Rolde de Estudios Aragoneses, 1992.

Por estas tierras –escribía en «Usanzas pintorescas...»– hay grandes bellezas de los dos sexos: El hombre es de una estatura que en Andalucía produciría asombro. La mujer, pequeña, pero de facciones muy expresivas, se parece a la andaluza.

Respecto a los caracteres, el montañés es indolente y elegante. Parecen una gran familia de príncipes venida a menos. Perezosos en el trabajo manual, son sutilísimos en alma, y suelen engendrar grandes hombres.

Este tipo de anotaciones remiten, sin duda, a aquella moda del pensamiento europeo de finales del XIX y principios del XX en la que con tanto empeño se integraron regeneracionistas y noventayochistas y que pretendía explicar la psicología de los pueblos atendiendo a sus influencias geográficas. Sender, en suma, acudía al concurso de *Mi Revista* con un trabajo –«Usanzas pintorescas del Alto Aragón»– donde se entremezclaban varias de las líneas maestras de la literatura finisecular: esteticismo, regionalismo, psicología de los grupos humanos. Pero lo más llamativo no es tanto el comprensible tributo que el incipiente escritor pagaba a su tiempo, sino la fidelidad que a su manera guardará a lo largo de su vida a algunos de estos planteamientos iniciales.

Así, mientras que en el desarrollo de su carrera perdió tempranamente la intención preciosista, siguió sin embargo fiel a ciertas derivaciones de la estética de entresiglos: por ejemplo, ese ruralismo, perceptible en muchas de sus novelas –baste recordar *El lugar de un hombre* o *Réquiem por un campesino español*– y que no sólo crea un ambiente sino que contribuye también a definir, a veces de forma un tanto fatalista, los caracteres humanos. O también una cierta mitificación de la montaña y lo montañés, donde la vida, ya en el texto de 1920, parece seguir pautas rituales, sacralizadas por la tradición y por el contacto estrecho con la naturaleza, idealizada en la línea del pensamiento ruralista de aquellos años (regeneracionismo, anarquismo, etc.).

De modo más puntual, también es observable en el escritor maduro la reelaboración de determinados motivos o procedimientos de juventud. Patrick Collard¹⁵ hizo notar cómo en algunos artículos senderianos de los años treinta «se descubren también correspondencias a veces muy significativas con ideas, anécdotas, temas desarrollados en textos ulteriores». Y señalaba en concreto el contraste entre la montaña y la tierra baja en torno al que articuló el autor buena parte de su simbología sobre lo aragonés, y cuya primera elaboración detallada encontró Collard en un artículo de abril de 1930, publicado en *El Sol*. O también anotaba el crítico otros motivos como el del cigoñino caído del nido o el de la «justicia de Almudévar», que incorporará después Sender a *El lugar de un hombre* y *Crónica del*

¹⁵ Patrick COLLARD, *Ramón J. Sender en los años 1930-1936. Sus ideas sobre la relación entre literatura y sociedad*, Gent, Rijksuniversiteit Gent, 1980, pp. 23-25.

alba, respectivamente; o premoniciones de obras posteriores como la reseña en *El Sol* de un libro de Emiliano Jos sobre Lope de Aguirre, o un artículo de 1935 en *La Libertad*, «Recordando lo de Osa de la Vega», donde el articulista exponía ya el hilo argumental de lo que cuatro años después se convertiría en *El lugar del hombre*.

Del mismo modo, también retomó Sender detalles o planteamientos de textos anteriores a los indicados por Collard. Así, esos dos lugares de la geografía oscense –Alquézar y San Cosme– que eran descritos en los trabajos premiados en *España Automóvil* (1922) reaparecieron después, especialmente Alquézar, en varios artículos de *El Sol* y hasta en *Solanar y lucernario aragonés*,¹⁶ y siempre con el mismo tratamiento que conducía a la mitificación de ambos sitios, presentados como refugios propicios donde protegerse del tráfigo del mundo. Así mismo, «Schumann y Eolo», el segundo de los textos entregados a *Mi Revista* (15 de octubre de 1920), supone una primera versión de las incursiones en los subterráneos de los «castillos» de Tauste, narradas unos veinte años después en *Crónica del alba*; y, de modo particular, parece un adelanto de la aventura que Pepe Garcés vive en solitario en las galerías del castillo de Sancho Garcés Abarca.¹⁷

En «Schumann y Eolo» los hechos se sitúan en las ruinas de un antiguo monasterio del Cister, «a un tiro de fusil de Tauste». Y tanto aquí como en *Crónica del alba* en los pasadizos en cuestión se amontonan huesos, se oyen voces o músicas, se intuyen sombras blancas, de modo que el narrador conduce la acción hasta el límite donde parece engarzarse lo real y lo alucinante. Finalmente, también en ambos textos las exploraciones subterráneas adquieren un trasfondo entre histórico y legendario: en 1920, la guerra de la Independencia; en 1942 los bastante más remotos años de Sancho Garcés Abarca, a finales del siglo X.

A partir de estos supuestos comunes, un relato y otro siguen entramados y soluciones diferentes. Mientras que en *Crónica del alba* el niño Pepe Garcés, al salir del subterráneo, no atina a deslindar si esos encuentros que recuerda vívidamente con «santos, poetas y héroes» han tenido lugar verdaderamente o no han sido sino un sueño, en el texto de 1920 el narrador y protagonista desvela en una segunda incursión y «tras dos horas de inspección científica» que las voces que dicen escuchar los lugareños son simple efecto del viento; y las sombras –«procesiones de espectros que recorren los claustros cantando»– son producidas por la luz de la luna que se cuele por las rendijas.

El jovencísimo escritor de 1920 parece, pues, alcanzado por el prurito científico, propio del positivismo decimonónico, y así invoca las «experiencias originalísimas» del filósofo y fisiólogo norteamericano William James (1842-1910) en busca

¹⁶ Ramón J. SENDER, *Solanar y lucernario aragonés*, Zaragoza, Ediciones de Heraldo de Aragón, 1978, p. 173.

¹⁷ Ramón J. SENDER, *Crónica del alba*, Barcelona, Destino, 1973, pp. 99-123. La entrega en la que se encuentran estas páginas apareció por primera vez en México en 1942.

de luz que ilumine el misterio de las ruinas. Por el contrario, en *Crónica del alba* se borran las lindes entre lo vivido y lo soñado, como es propio del mundo infantil que se intenta reconstruir, de modo que la visión de lo real no sólo resulta cuestionada sino también ampliada. En cualquier caso, ya en «Schumann y Eolo» queda de manifiesto la propensión senderiana a apurar los límites de la llamada «realidad». Y un mundo de referencias semejantes se transparenta en «Las brujas del Compromiso», cuento senderiano también de carácter fantástico, publicado en *La Tribuna* (6 de julio de 1919) de Madrid y calificado por J. P. Ressay¹⁸ de «Claramente romántico», esteticista y, en cierto modo, decadentista. Por lo tanto, ya en textos de primera juventud se vislumbra algo así como la tentación de ese «realismo mágico» que Francisco Carrasquer¹⁹ percibió como característica básica del modo de hacer, del «realismo», del escritor. En consecuencia, habría que convenir en el origen temprano de esa tendencia a poblar los mundos narrativos de hechos, situaciones, conductas, etc., que parecen exceder las pautas de la razón. Un deseo de transgredir la realidad dada que el autor tuvo que asimilar de aquel penúltimo modernismo que pervivía aún cuando él se inició en la escritura.

Por otra parte, se hace evidente que Sender irá depurando, puliendo, su discurso, con lo que desaparecerán pronto alusiones culturalistas, demostraciones esteticistas o la tan modernista recreación sensitiva de la realidad, de cuyos riesgos, no obstante, parecía ya percatarse de algún modo en «Shumann y Eolo» (1920):

La tarde también es gris. Si fuéramos excesivamente preciosistas diríamosla un motivo de la *Walkiria*, que quiere ser sentimental y resulta trágico. Nos limitaremos, desdeñando el superculteranismo, a decir que era una pincelada de Siena tostada, dada por un pintor en un horizonte blanco, blanco.

Cuando Sender llega a *El Sol* en 1924 anda ya, pues, bastante probado en el ejercicio tanto periodístico como literario de la escritura e, incluso, en la publicación de sus textos. Ya en 1918, en su primera etapa madrileña «publicaba todo lo que escribía», según él mismo confesaba a Marcelino C. Peñuelas y según Jesús Vived ha constatado de manera fehaciente.²⁰ Ni siquiera el servicio militar consiguió acallararlo como demuestran los artículos hallados por Ricardo Crespo²¹ en *El Telegrama de El Rif* (1923-1924).

¹⁸ Jean Pierre RESSAYOT, «Ramón J. Sender, escritor primerizo ("Las brujas del Compromiso")», *Revista de la Universidad Complutense*, 108 (1977), 258.

¹⁹ Francisco CARRASQUER, *'Imán' y la novela histórica de Sender*, London, Tamesis Books Limited, 1970, pp. 275-279, especialmente.

²⁰ *Conversaciones con Ramón J. Sender*, ed. cit., p. 76. Jesús VIVED MAIRAL ha recogido lo más relevante de la producción senderiana de esta época en la antología titulada *Primeros escritos (1916-1924)*, Huesca, I.E.A. (Colección «Larumbe», 5), 1993.

²¹ Ricardo CRESPO, «Sender en *El Telegrama del Rif*», *Alazet*, 1 (1989), 7-28.

EN *EL SOL*

Al volver [de Marruecos] –recordaba Sender– conocí a los Urgoiti que tenían *El Sol* y *La Voz*. Un hermano mío trabajaba como abogado auxiliar de otro abogado casado con la hija de Urgoiti. Fui a visitarles y don Nicolás al saber que en Huesca hacía *La Tierra* me dijo: ¿No quiere usted saltar de *La Tierra* a *El Sol*? Era un salto importante. Para mí, eso era entonces la consagración con mis veintitrés y desde entonces todo ha seguido bien, profesionalmente.²²

El Sol que acogió a Sender era conocido maliciosamente por los periodistas madrileños como el «Olimpo», lo que denota, además de una cierta acusación de elitismo, el reconocimiento de la excepcionalidad de tal empresa dentro del contexto de la prensa española de entonces. Desde luego, *El Sol* no sólo había congregado a las firmas más reconocidas sino que era además quien mejor pagaba a sus redactores a cambio de exigirles privarse de otras ocupaciones ajenas al periodismo. Lo cual, en aquellos años de obligado pluriempleo y escaso reconocimiento, no dejaba de ser una liberación para sus trabajadores y un gran paso hacia la profesionalización del propio periodismo.

Sender en *El Sol* seguía el turno de noche –había otro de tarde – y tenía categoría de «redactor regional», lo mismo que Rodolfo Viñas, J. Ruiz Manent, Ignacio Catalán, A. Rodríguez de León, F. Hernando Bocos o, durante algún tiempo, J. Díaz Fernández. En 1929, cuando el jornal de un obrero sin cualificación rondaba las seis o siete pesetas diarias, su sueldo mensual ascendía a 350 pts. que casi se doblaban por ingresos adicionales en concepto de editoriales, reseñas de libros, etc., de acuerdo con el talante productivista que Urgoiti imprimió al diario.²³

Entre las singularidades de *El Sol* se contaba también su manifiesta preocupación regionalista, inculcada en buena medida por el propio Urgoiti, quien, aunque nacido en Madrid, estaba vinculado familiar y profesionalmente con el País Vasco. Por ello, cada día se destinaba una página de las ocho que solía ofrecer el periódico, normalmente la tercera, a la información de provincias. Aquí cada zona contaba con un redactor responsable, que, con cierta asiduidad y sin firma, escribía un breve editorial con el epígrafe genérico de «Notas de la redacción» en el que interpretaba o comentaba la actualidad del territorio en cuestión.

²² Recogido por LUZ CAMPANA DE WATTS, *Ramón J. Sender. Ensayo Biográfico-Crítico*, Ayala Palacio Ediciones Universitarias, s. a. [1989], p. 203.

²³ Nicolás M.^a DE URGOITI, «Escritos y documentos (selección)», *Estudios de Historia Social*, 24-25 (enero-junio de 1983), 291-471. Aquí pueden hallarse otros muchos datos y detalles de interés sobre el planteamiento interno y el funcionamiento de *El Sol*. Y en la misma entrega de la revista se incluyen diversos estudios sobre la obra empresarial de Urgoiti (AA. VV., «Las fundaciones de Nicolás M.^a de Urgoiti: escritos y archivo», *Estudios de Historia Social*, 24-25 (enero-junio de 1983), 267-290).

Todos los datos apuntan a que Sender era el encargado del apartado de Aragón. De hecho, el periodista oscense constaba en la plantilla, según hemos dicho, como «redactor regional». Además, José García Mercadal, fiel seguidor de la trayectoria senderiana desde casi sus inicios, atribuyó hace años (en 1972) a Sender, sin que el asunto repercutiera en la crítica, varios artículos de la sección «De Aragón», aparecidos como «Notas de la redacción», si bien no mencionaba su fuente de información y databa en 1927 textos que corresponden en realidad al año anterior.²⁴

Finalmente, estos escritos –unos trescientos cincuenta entre 1925 y 1930, todos ellos breves, aunados por una tonalidad reconocible y frecuentemente interrelacionados por alusiones internas– dibujan una gama de personajes, lugares, señas de identidad, actitudes, etc., que remite con bastante fidelidad a otros textos firmados por Sender o que conecta con la propia biografía del autor. En dichas «Notas de la redacción» no sólo aparecía reflejada la realidad aragonesa sino sobre todo interpretada, defendida, potenciada. Por aquí pasaron reiteradamente esos nombres de aragoneses ilustres que Sender presentó hasta el final de su vida como modelos éticos y como los mejores puntos de referencia del talante aragonés: Marcial, Gracián, Goya, Costa, Ramón y Cajal.

Desde ahí se propone por ejemplo un Seminario sobre Gracián en Calatayud, se reflexiona acerca del centenario de la muerte de Goya en 1928, se pondera el legado de Costa o Lucas Mallada, o se analizan las aportaciones de escritores como R. Pamplona Escudero, López Allué o Joaquín Dicenta, de estudiosos como Julio Cejador, de pintores como Mariano Barbasán o Félix Lafuente, etc., al mismo tiempo que se argumenta en favor del ferrocarril de Canfranc, se denuncia el hambre de los campesinos de la zona de Albarracín o se demanda, en definitiva, la modernización de las infraestructuras aragonesas, de tal manera que se ha de pensar que el redactor de *El Sol* asumía sin reparos los proyectos regeneracionistas de años anteriores y, en concreto, los programas de actuación propuestos por Joaquín Costa, quien en 1902, por ejemplo, y con el objeto de transformar «al español en el molde europeo» y convertir «un Estado peor que feudal» en «una nación de 18 millones de ciudadanos libres de hecho», había apuntado lo siguiente:

[...] educación nacional, colonización interior, reforma de caminos carreteros y de herradura, obras hidráulicas, escuelas técnicas, investigación científica, instituciones de previsión, repoblación de montes, administración de justicia, etc.²⁵

²⁴ José GARCÍA MERCADAL, «Ramón J. Sender, cronista de Aragón en *El Sol*», *Aragón exprés* [Zaragoza] (15 de abril de 1972), 21. Debo el conocimiento del artículo de García Mercadal a J. Vived Mairal.

²⁵ Joaquín COSTA, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: Urgencia y modo de cambiarla*, Zaragoza, Guara, 1982, t. I, p. 245.

Sin duda el redactor de *El Sol* se desenvolvía en el ambiente regeneracionista, costista, alentado a la vez con otros propósitos por el propio Primo de Rivera y que José-Carlos Mainer ha percibido en Ramón Acín o en la revista *El Ebro*: «El acendrado costismo de Ramón Acín engarza con la tradición agrarista, hidráulica e individualista del mejor progresismo regional».²⁶

Por otra parte, estas «Notas» se insertaban, en líneas generales, en cuanto a su tono e intención, dentro de lo que entonces era el periodismo de «campanas». Es decir, ese periodismo que hacía uso de las planas de la prensa para defender ciertos asuntos o temas considerados especialmente urgentes, relacionados en general con la necesidad de renovación del país. Así, por ejemplo, se hizo famosa la campaña de Luis Bello en favor del incremento de las escuelas públicas, en el transcurso de la cual recorrió España con el patrocinio de *El Sol*, a la vez que publicaba en este diario sus impresiones y experiencias o apuntaba posibles soluciones.

En un momento de estricta censura de la prensa como fue la dictadura de Primo de Rivera, éste era el recurso que los periódicos usaban para presionar a las instancias del Estado y para incrementar su peso específico en la sociedad. De hecho, en las «Notas de la redacción» de Aragón se reproducían con cierta frecuencia agradecimientos de particulares o de municipios por la defensa o simple mención en *El Sol* de sus intereses. La prensa, de esta forma, venía a suplir en alguna medida la ausencia de cauces políticos de representación, suprimidos por la dictadura.

Las «campanas», en conclusión, eran una manifestación más del periodismo de opinión que prevalecía todavía entonces, como era bien notorio en *El Sol*. Y por ello eran esgrimidas como seña identificativa del propio talante de los periódicos o de los periodistas, a falta de definiciones ideológicas más precisas. Así, cuando Castán Palomar en su diccionario de *Aragoneses contemporáneos* aludía al paso de Sender por *El Sol* comentaba que el escritor «realizó algunas campanas que adquirieron gran resonancia y reportajes de fuerte carácter social».²⁷

Además de todo esto, la difusión cultural era sin duda para *El Sol* el principal método para el logro de sus fines. Durante los años veinte, había una sección diaria, titulada «Vida musical», de la que se encargaba Adolfo Salazar; mientras que normalmente Díez Canedo informaba de la actualidad teatral; «Focus» daba las noticias de cine, etc. Además, *El Sol* ofrecía dos «folletones» diarios sobre temas históricos, filosóficos, literarios; los prestigiosos artículos de opinión; dos o cuatro editoriales, según los momentos, y la cotidiana «Revista de libros», de la segunda página, donde se reseñaban obras de todas las materias.

²⁶ José-Carlos MAINER, *Letras aragonesas*, Zaragoza, Oropel-Arpesa, 1989, p. 167.

²⁷ Fernando CASTÁN PALOMAR, *Aragoneses contemporáneos. Diccionario biográfico*, Zaragoza, Herrén, 1934, p. 497.

Como otros redactores o colaboradores del diario madrileño, Sender practicó asiduamente, desde mayo de 1927 hasta julio de 1930, la recensión bibliográfica dentro de esta última sección. La mayoría de los ciento treinta y tres informes de Sender que he localizado versan sobre libros referidos a cualquier faceta cultural, religiosa, social o histórica de Hispanoamérica, en un momento en que el mercado hispanoamericano era apreciadísimo por las editoriales españolas –y aquí cabe recordar la expansión en América de Espasa-Calpe, controlada por los Urgoiti–, o en que la cuestión hispanoamericana se convirtió en terreno propicio para la disidencia con la dictadura, ya que era imposible el tratamiento directo de cuestiones referidas a la política española. También en la «Revista de libros» de *El Sol* se pueden apreciar las primeras aproximaciones senderianas, no desprovistas de ciertos reparos, a la literatura de tendencia social.

En *El Sol*, Sender todavía atendió a otras ocupaciones, algo dispares. Así, por ejemplo, escribió varios artículos de viaje, que aparecieron en las páginas o suplementos del diario dedicados al turismo. Preocupación que *El Sol*, como otros periódicos de la época, debía de haber aprendido aún de aquel gusto por el excursionismo fomentado por la Institución Libre de Enseñanza y tan apreciado por escritores y artistas de finales del XIX y principios del XX.

PERIODISMO Y LITERATURA: *EL LUGAR DE UN HOMBRE*

A mediados de los años veinte, sólo en contadas ocasiones los sucesos de actualidad eran capaces de desplazar de la primera página de *El Sol* un artículo de opinión. La censura o el propio talante periodístico del momento hacían que lo mejor de la portada se ocupara con las prestigiosas colaboraciones, mientras que escasamente la parte inferior se completaba con noticias breves. Uno de estos momentos excepcionales tuvo lugar a principios de marzo de 1926 cuando llegó hasta la redacción del diario el rumor de que José María Grimaldos, el presunto asesinado en Osa de la Vega (Cuenca) en agosto de 1910, había reaparecido. El hecho ha sido conocido posteriormente como el «crimen de Cuenca»; en aquellos días de 1926 fue presentado en *El Sol* como el caso de «El muerto resucitado». Entre el 6 y el 10 de marzo los reportajes del «enviado especial», Ramón J. Sender, se imprimieron en las portadas y contraportadas del periódico y el revuelo de los hechos perduró en la prensa hasta mucho tiempo después.

Los sucesos fueron vividos por la opinión pública con estupefacción y desconcierto, pero también con algo de embeleso al comprobar cómo la realidad española superaba una vez más, y con creces, al mejor relato de ficción (recordemos en un mismo sentido la macabra historia del capitán Sánchez de 1913, trasladada por Valle Inclán a su esperpento *La hija del capitán*, de 1927). Así lo prueba el que uno de los dos inculpados por el «crimen», León Sánchez, fuese reconocido y ovacionado mientras asistía con un redactor de *El Sol* a una representación en el teatro madrileño de La Latina.

Por otra parte, «El muerto resucitado» fue un gran triunfo periodístico del prestigioso diario, que reseñaba complaciente cómo la vuelta a Madrid de su enviado especial (11 de marzo de 1926) coincidía con el anuncio por parte de «algunos colegas» de la salida hacia el lugar de los hechos de sus informadores. Y fue así mismo un éxito personal del propio Sender, según *El Sol* hizo constar (11 de marzo de 1926) contra su habitual proceder de silenciar el nombre de los redactores:

Ayer regresó a Madrid nuestro querido compañero de Redacción D. Ramón J. Sender, que marchó a Belmonte, Osa y Tresjuncos a raíz de la aparición de Grimaldos, la supuesta víctima de León y Valero, las víctimas reales de este suceso.

Nuestro compañero ha obtenido un triunfo personal en su labor y ha ofrecido a los lectores de EL SOL una información completa de lo sucedido, desvaneciendo las dudas que existían sobre la identidad de Grimaldos y poniendo de relieve la inocencia de los que sufrieron todas las torturas al ser considerados como autores de un repugnante crimen.

Al salir de Tarancón nuestro querido compañero Sr. Sender fue cariñosamente despedido por numerosas personas de la localidad que se habían citado allí con ese fin.

Como es sabido, los hechos del «crimen de Cuenca» se convirtieron después en el hilo argumental de *El lugar del hombre* (1939) de Sender, así como de la versión definitiva de la novela, *El lugar de un hombre* (1958).

D. Pini Moro ya certificó hace unos años²⁸ la existencia de este reportaje senderiano como primer germen de la citada novela e incluso ha estudiado con detenimiento las alteraciones producidas en las dos versiones del relato, la de 1939 y la de 1958.²⁹ Por su parte, Patrick Collard³⁰ hizo notar, según ya hemos indicado, cómo el artículo de Sender «Hace diez años. Recordando lo de Osa de la Vega», publicado en *La Libertad* (28 de julio de 1935), es «un fiel resumen con anticipación de lo que iba a ser, cuatro años más tarde, la novela *El lugar del hombre*». Con todo ello, tal vez no esté de más contrastar aquí, siquiera someramente, la versión periodística con la novelesca como muestra ilustrativa del proceso que siguió en este caso el material periodístico hasta plasmarse definitivamente en ficción narrativa, y como comprobación de lo que Sender consideraba más apropiado para una modalidad expresiva o para otra.

²⁸ Donatella PINI MORO, reseña de «Collard, Patrick, Ramón J. Sender en los años 1930-1936 (Sus ideas sobre la relación entre literatura y sociedad)», *Rassegna Iberistica* [Venezia] (17 de septiembre de 1983), 75-80. Y, posteriormente, en «Il capro espiatorio nel *El lugar de un hombre* di Ramón J. Sender», en MACOLA, Erminia; MARCHESELLI, Lucia (eds.), *Il segno del soggetto*, Trieste, Editre Edizioni, 1989, pp. 149-166.

²⁹ Donatella PINI MORO, «Le due edizioni de *El lugar de un hombre* di Sender: México, 1939-1958», *Ecdotica e Testi Ispanici*, Verona, Università di Padova, 1982, pp. 159-183.

³⁰ Patrick COLLARD, *op. cit.*, p. 33.

Parece claro que el reportaje firmado por Sender perseguía, especialmente, varios propósitos: por una parte, descubrir la realidad de los hechos con todo su relieve; por otra, demostrar definitivamente que el «aparecido» era, en efecto, José María Grimaldos, en contra de los que se resistían a admitir un error judicial que había llevado a la cárcel a dos inocentes, y, finalmente, poner de manifiesto, en la medida en que la censura lo permitía, la dimensión sociopolítica de lo acaecido. Sobre este último aspecto escribía Sender en 1935 que «En los factores que determinaron la acusación contra Valero y León Sánchez tenía no poca parte el caciquismo político y los manejos electorales entre Tresjuncos, Osa de la Vega y Villaescusa», y así se hace evidente a su vez en la propia novela. Por consiguiente, esta serie de propósitos es la que determina los procedimientos y recursos periodísticos utilizados aquí por Sender; los cuales por otro lado coinciden, en gran medida, con esas técnicas que Tom Wolfe consideraba definitorias del llamado en los años sesenta y setenta «nuevo periodismo» americano, ese periodismo «igual que una novela».³¹

Es decir, Sender practica en este reportaje de 1926, como luego en el que dedica en 1933 a la matanza de Casas Viejas, una sabia combinación de la fiel y amena enumeración de los hechos con la matización subjetiva de los mismos en la línea del gran reportaje o reportaje interpretativo configurado en los Estados Unidos desde mediados de la década de los veinte, o de la crónica tal como se cultivaba en España desde finales del siglo anterior. De este modo conseguía Sender que la realidad enunciada adquiriera inusual fuerza ante los lectores, a quienes presentaba una realidad explícitamente «humanizada». Así, sobre el desaparecido escribía en *El Sol* (6 de marzo de 1926):

Visitamos primero a José María Grimaldos López, que llegó a Tresjuncos, su pueblo natal en la mañana del miércoles último. Nuestra visita le altera un tanto. Su rostro, inmovilizado por la sorpresa, se anima levemente con una sonrisa de niño. Nuestra impresión es que José María Grimaldos es un anormal, quizá un idiota.

Mientras que el drama de uno de los injustamente condenados es potenciado mediante un recurso tan novelesco como el estilo indirecto libre (10 de marzo de 1926):

Los doce años de inacción estéril no pueden compensarse con nada. Quería que le devolvieran ese tiempo perdido para sembrarlo de esfuerzos. Sus brazos lo necesitan. ¿Dónde están los árboles que él hubiera plantado, los surcos que hubiera abierto, las reses que hubiera criado? [...] ¿Quién le da eso? ¿Quién puede darle eso? Lo demás no le interesa.

³¹ Tom WOLFE, *El nuevo periodismo*, Barcelona, Anagrama, 1984³.

Como es conocido, Sender solía incorporar a sus narraciones datos inusuales, detalles «inverosímiles», pero normalmente extraídos de la realidad, que serían, convertidos en signos un tanto emblemáticos, para ensanchar el mundo narrativo a la vez que reforzaban la atención de los lectores. Era parte de esa «psicología del movimiento –de que hablaba el autor en *Toque de queda*–³² que los novelistas usamos para evitarle al lector el aburrimiento, es decir, para sostener la amabilidad». Así pues, la historia del «crimen de Cuenca» tendría para él ingredientes especialmente atractivos, además de ser un tema periodístico propicio para cuestionar el orden represivo establecido por Primo de Rivera.

A la hora de escribir *El lugar de un hombre*, la extraordinaria memoria selectiva de Sender se encontró, en efecto, con buena parte del trabajo ya hecho. Así, muchos de los minuciosos detalles que configuran la sorprendente atmósfera de la novela de 1958 los encontramos casi tal cual ya en las páginas de *El Sol*. Por ejemplo, tanto el Sabino de la narración como el Grimaldos de la realidad justifican su huida por «un barrunto que me dio» y ambos esconden una personalidad enigmática, que parece desbordar a veces la frontera de lo considerado normal. Por su parte, los acusados del «crimen», León Sánchez y Gregorio Valero, se corresponden en la novela con Juan García y Vicente Rodríguez, respectivamente. Y lo mismo en el reportaje periodístico que en la novela, el primero goza de salud y de carácter más fuertes, así como de una economía más desahogada por ser panadera su mujer. El segundo, Gregorio Valero, enfermizo igual que su trasunto novelesco, hubo de escuchar, como una medida de presión más para forzar su declaración, el llanto de su hija de pocos meses, encarcelada junto a la madre al ir a visitar al preso, y así se cuenta también en *El lugar de un hombre*. Así mismo, el sargento de la Guardia Civil, Taboada, manifestó cuando apareció Grimaldos (lo mismo que el cabo de la novela) que los inculpados «si no mataron a éste, matarían a otro». Y también aparece ya en el reportaje periodístico la creencia general de que el cadáver de Grimaldos (Sabino) había sido descuartizado y dado a los cerdos; del mismo modo que es recogido en la novela el dato, real, de las coplas populares que narraban los pormenores del «crimen».

Todos estos detalles, y otros, de realidad puntual e histórica son enmarcados en *El lugar de un hombre* dentro de unos motivos bien reconocibles en la novelística de Sender, cuya reiteración en obras diferentes parece atribuirles un significado ritual, simbólico, atemporal, dentro de la cosmovisión del autor. Me refiero, por ejemplo, a la ubicación de los hechos en Aragón, y ya no en Cuenca; o a la «bruja» que aparece sobre todo al principio del relato sin que tenga una clara conexión con los hechos que luego se narran; o a la caza, como proceso de búsqueda en lo natural; o al personaje del abuelo, de relevancia también en *Crónica del alba*, relacionado por lo general con el concepto de la «hombría», en el sentido senderiano de un

³² Ramón J. SENDER, *Toque de queda*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985, p. 28.

humanismo en consonancia con lo elemental e instintivo. Mediante motivos de este carácter los hechos históricos adquieren trascendencia atemporal y resultan capacitados para ser dotados de un contenido ya más filosófico que sociopolítico.

En *El lugar de un hombre*, por ejemplo, el «abuelo» del narrador es quien apunta la interpretación filosófica de los hechos: «Yo lo que digo es que hay que dejar que la casualidad duerma. Por lo demás cada hombre, hasta el más miserable, ocupa un lugar en el mundo y ahora se está viendo». Lo que coincide, en líneas generales, con la reflexión de Sender en la «Breve noticia» que precedía al relato en 1958:

En este libro está mi sentimiento de lo humano y quizá la raíz del único humanismo revolucionario posible. Sobre hechos históricos tramados sin artificio el lugar del hombre aparece vacío, y ese vacío determina el valor de la ausencia, lo que no es en definitiva más que el contravalor de la presencia.

Por otra parte, también fueron incorporados a *El lugar de un hombre* otros componentes que sirven más bien a exigencias narrativas del propio relato, es decir, que contribuyen a desarrollar situaciones apuntadas únicamente en el reportaje de *El Sol* y a las que Sender da cumplimiento con visos un tanto folletinescos en la novela. Así, la trascendencia que adquiere la relación amorosa de Sabino con Adela, su mujer; o la de Vicente con la suya al regresar de la cárcel; o también la muerte de éste, que evita, según queda sugerido, la del que ha tenido relaciones con su mujer durante el periodo de encarcelamiento, o, por último, el duelo final entre los dos caciques que se han disputado el interés político de los hechos.

Este proceso de abstracción de los sucesos reales fue incrementado de manera ostensible en la edición de 1958 con respecto a la de 1939, según concluía Donatella Pini Moro:³³

Con un'abile strategia di correzioni quasi sempre espuntive, piú raramente sostitutive o aggiuntive, Sender orienta il testo nel '58 in modo sensibilmente diverso dal '39: ridotto all'essenzialità il dato sociologico, eliminati quasi al completo i riferimenti alla realtà politica locale e al contesto storico, messa in maggiore risalto rispetto alle altre la figura di Sabino –la cui vicenda diventa centrale ed esemplare– la storia viene fissata in una sorta di atemporalità che le conferisce valore archetipico ed emblematico.

Con el transcurso de los años, efectivamente, a la vez que Sender atiende a las urgencias del presente, experimenta un proceso interior, bien perceptible en su obra, de filtración de reflexiones, hechos o recuerdos muy anteriores que conti-

³³ Donatella PINI, «Le due edizioni de *El lugar de un hombre...*», *op. cit.*, p. 183.

núan actuando en su pensamiento sin que ello suponga, claro está, un anquilosamiento en referencias obsoletas. De ahí tal vez el gusto senderiano por la reelaboración del propio material.

Así, a principios de 1930, apareció *Imán*, la primera novela del autor, fundamentada en sus propias vivencias militares de Marruecos, unos años antes, pero arraigada por otro lado en la posición ideológica del Sender de finales de los veinte. El éxito de *Imán* le incitará a abandonar el periodismo de nómina para consagrarse con mayor plenitud a la escritura creativa, así como a sus empeños sociopolíticos, expresados abiertamente a lo largo de los años treinta.

En este sentido, era ya indicativa la posición que Sender adoptó sin titubeos ante el «crimen de Cuenca», hecho que según apuntaba un editorial de *El Sol* (14 de marzo de 1929) separó con claridad la prensa de la izquierda y la de la derecha –y recordemos que entre la de la izquierda, en sentido amplio, tanto Sender como *El Sol* actuaron de pioneros–. O, en un aspecto semejante, también es revelador el encarcelamiento que sufrió el escritor en septiembre de 1926 por participar en la sublevación de los artilleros de los primeros días de este mes. No obstante, a pesar de que en estos detalles se percibe con nitidez un compromiso político, posiblemente hasta finales de la década no llegó a perfilarlo decididamente.

Esto, al menos, es lo que parece demostrar el hecho de que leamos su nombre entre el grupo de jóvenes «liberales» que acude a Ortega y Gasset, en abril de 1929 –inmediatamente después de las revueltas estudiantiles que motivaron el cierre de la Universidad madrileña– en busca de patrocinio intelectual para su intento de articulación política mediante un grupo «de la más amplia ideología dentro del horizonte de la libertad», según el manifiesto reproducido en las *Obras Completas* de Ortega.³⁴ Además de Sender, firmaron la iniciativa Francisco Ayala, Corpus Barga, Díaz Fernández, Antonio Espina, García Lorca, Benjamín Jarnés, Cipriano Rivas Cherif, E. Salazar y Chapela, Eduardo Ugarte, Fernando Vela, Francisco Vighi, etc. Esta tentativa, encuadrada ideológicamente dentro de «un nuevo liberalismo», «de tono y significación distintivamente intelectuales», y que no prosperó, parece un precedente claro de la Agrupación al Servicio de la República.

Más huella dejaron sin duda en Sender sus primeros contactos con la C.N.T., que se remontan según el propio escritor «hacia 1929»:

[...] con motivo de la llegada a Madrid de un comité más o menos legal, con una misión más o menos permitida por Primo de Rivera. Yo fui entonces a verlos a la Granja del Henar por encargo del director de *El Sol* y fueron para mí una revelación.³⁵

³⁴ José ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas*, Madrid, Alianza Editorial-Revista de Occidente, 1988, t. XI, p. 102.

³⁵ Ramón J. SENDER, «La madurez de los Domingos rojos», *La hora de mañana*, 1-2 (mayo-junio de 1980), 8.

Por lo tanto, cuando, a principios de 1930, la sociedad española se vio liberada de la contención de la dictadura primorriverista y estalló en proyectos culturales y políticos pendientes durante años, Sender acompasó decididamente su propia evolución con el proceso colectivo de la sociedad española.